

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comisión Episcopal de Liturgia



ORACIÓN DOMINICAL EN FAMILIA

A causa de la restricción por la pandemia Covid-19

VI DOMINGO DE PASCUA

«Le pediré al Padre que os dé otro Paráclito»

17 de mayo AD 2020



Preparamos el lugar donde vamos a orar.

Encendemos un cirio y abrimos la Biblia.

Luego nos preparamos haciendo silencio y escuchando la canción de Taizé Veni Sancte Spiritus (Youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=WmxXwAgkhWQ>).

Luego el guía comienza.

El guía:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos:

Amén.

El guía:

A pesar de no poder hacerlo en el templo, hoy nuestra reunión familiar es la asamblea santa de los convocados por el Señor, en la unidad del Espíritu Santo, para que formemos una comunidad de fe y de amor. Jesús sigue despidiéndose de sus amigos y les da el Espíritu, como a nosotros en el bautismo y la confirmación, para que podamos descubrirlo y anunciarlo. Pero él nos recuerda que no está lejos, sino dentro de nosotros. Por ello hoy le buscamos en nuestro propio corazón. Este domingo celebramos la Pascua del Enfermo, con el lema «Acompañar en la soledad», aludiendo a las palabras de Mt 11, 28: «Venid a mí todos los que estáis cansados

y agobiados, y yo os aliviaré». En el momento en que asoma un horizonte de esperanza en medio de la pandemia tenemos que mostrarnos dispuestos a acompañar a los que viven en soledad su enfermedad, especialmente los afectados el coronavirus.

Pedimos el don del Espíritu Santo orando juntos por y con los enfermos.

«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré» (Mt 11, 28).

Todos:

En esta tarde, Cristo del Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.

¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?

¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?

¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando en la cruz alzado y solo estás?

¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?

Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüña.

Y solo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen muerta,
ir aprendiendo que el dolor es solo
la llave santa de tu santa puerta.
Amén.

El guía:

Escuchemos con fe la Palabra de Dios en la que Cristo mismo nos reclama su amor y nos promete el Espíritu Santo.

EVANGELIO

Jn 14, 15-21

El lector:

Del Evangelio según san Juan.

EN aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Y yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis, porque mora con vosotros y está en vosotros.

No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros. Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis y viviréis, porque yo sigo viviendo. Entonces sabréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros. El que acepta mis mandamientos y los guarda, ese me ama; y el que me ama será amado

por mi Padre, y yo también lo amaré y me manifestaré a él».

Palabra del Señor.

Todos:

Gloria a ti, Señor Jesús.

Después de leer el evangelio se hace un tiempo de silencio. Según las circunstancias, el padre o la madre pueden explicar el evangelio a los hijos a modo de catequesis, especialmente si hay niños pequeños, o bien, si los niños son más mayores, cada uno puede expresar libremente en voz alta lo que más le ha llamado la atención de la lectura.

LECTIO

El guía:

Seguimos el camino de la Pascua y Jesús sigue despidiéndose de los suyos y preparándolos para la misión. ¿Cuál es el signo de que amamos a Jesús?

Lo leemos en el texto y si es necesario el guía nos ayuda: guardar sus mandamientos.

¿Qué acontecerá al que guarde los mandamientos de Jesús?

Lo leemos en el texto y si es necesario el guía nos ayuda: nos dará el Espíritu Santo.

¿Qué diferencia hay entre el que ama a Jesús y el mundo?

Lo leemos en el texto y si es necesario el guía nos ayuda: le conoceremos y experimentaremos que vive en nosotros.

MEDITAMOS

El guía:

Los mandamientos no son normas que se nos imponen sino una respuesta de amor a Dios. Él no nos obliga, simplemente nos propone el camino pero la decisión es personal. Quien la acepta irá descubriendo que Dios vive en él y él en Dios. Quien no los acepta se aleja de Dios.

COMPROMISO

El guía:

Damos gracias a Dios por sus mandamientos y pedimos la gracia de su Espíritu Santo para comprenderlos y acogerlos como un camino y una respuesta de amor que, con su ayuda, seremos capaces de vivir cada día mejor. El mandamiento principal es un mandato de amor que, en esta Pascua del Enfermo, nos invita, ayudados por el Espíritu Consolador, a estar cercanos a los enfermos, a los que viven en soledad, en estos momentos en los que aún nos afecta la pandemia.

También se puede leer personalmente o en voz alta la siguiente meditación:

El lector:

«La fe es la adhesión personal de cada uno de nosotros a Jesucristo, el Señor. Creer supone conocer y amar, sin que podamos establecer una separación tajante entre ambas dimensiones. En la medida en que amemos más a Jesucristo, mejor lo conoceremos y, a su vez, cuanto más lo conozcamos más lo amaremos.

En este proceso de identificación con el Señor se hace concreta la vocación fundamental de todo hombre, que no es otra que participar en la plenitud de la vida divina: «Dios, infinitamente perfecto y bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para que tenga parte en su vida bienaventurada» (Catecismo 1).

La adhesión a Jesucristo comporta querer lo que él quiere y hacer lo que él hace. Como ha explicado Benedicto XVI: «*Idem velle, idem nolle*, querer lo mismo y rechazar lo mismo, es lo que los antiguos han reconocido como el auténtico contenido del amor: hacerse uno semejante al otro, que lleva a un pensar y desear común» (*Deus caritas est* 17). Este pensar y desear común se expresa, para el seguidor de Cristo, en el cumplimiento de los

mandamientos: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos», dice el Señor (*Jn* 14, 15).

Esta observancia de los mandatos de Jesús no es una imposición externa, una carga pesada, sino que se trata de una exigencia que brota del amor. San Agustín decía que «el amor debe demostrarse con obras, para que su nombre no sea infructuoso»: «Quien los tiene presentes [los mandamientos] en la memoria y los guarda en la vida; quien los tiene en sus palabras, y los practica en sus obras; quien los tiene en sus oídos, y los practica haciendo; quien los tiene obrando y perseverando, “Ese es el que me ama”».

La vivencia de la fe que se manifiesta en el amor prepara para recibir con fruto al Espíritu Santo: «el que ama tiene ya al Espíritu Santo, y teniéndolo merece tenerlo más, y teniéndole más merece amar más», dice también san Agustín. Jesús promete enviar a los suyos otro Defensor, otro «Paráclito» (*Jn* 14, 16). El Paráclito es el “valedor”, el que ayuda a aquel a cuyo lado se encuentra. A través de Jesucristo, el Padre nos envía al Espíritu Santo, la tercera Persona de la Santísima Trinidad, para que esté a nuestro lado y nos ayude.

¿En qué consiste esta ayuda? Como maestro interior, el Espíritu Santo permite a la Iglesia

mantener viva la enseñanza de Jesús y avanzar en su comprensión: Él «será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho» (*Jn* 14, 26). Es el Espíritu Santo quien, con los discípulos, da testimonio de Jesucristo (cf. *Jn* 15, 26). Él es también, en medio de las pruebas y de las dificultades, el que guía y da seguridad a los creyentes (cf. *Jn* 16, 8).

El Espíritu Santo hace posible una comunión interior y profunda entre cada uno de nosotros y Jesucristo. El Señor, tras el paso de su muerte y resurrección, no nos deja desamparados, huérfanos o indefensos. Nuestra relación con él no se ve interrumpida, confinada a los terrenos de la nostalgia, sino que es una relación viva y actual, pues Jesús establece con nosotros un vínculo análogo al que lo une a Él con el Padre: «yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros» (*Jn* 14, 20).

En la Eucaristía este vínculo, que nace en la fe, se fortalece. En la santa Misa —deseada, anhelada—, el Espíritu Santo hace presente el Misterio de Cristo para reconciliarnos con él, para conducirnos a la comunión con Dios y para que demos “mucho fruto”.

(Comentario de D. Guillermo Juan Morado, pbro.)

El guía:

En comunión con Cristo, oremos a Dios Padre.

Todos:

Te rogamos, óyenos.

El lector:

— Para que el Espíritu Santo, el Espíritu de la verdad, promueva en la Iglesia comunidades deseosas de profundizar en la fe. Roguemos al Señor. *℟.*

— Para que el Espíritu Santo, el Defensor, fortalezca en la prueba a quienes sufren persecución cuando tengan que dar razón de su esperanza. Roguemos al Señor. *℟.*

— Para que el Espíritu Santo, el Espíritu de la unidad, promueva en el mundo el sentido de la solidaridad. Roguemos al Señor. *℟.*

— Por todos los que sufren las consecuencias de la crisis que estamos viviendo: por los difuntos y sus familiares, por los enfermos y los que están especialmente expuestos, por quienes se dedican a los demás y por todos nosotros, llamados a vivir estos días en la fe, la caridad y la obediencia por el bien de todos. Roguemos al Señor. *℟.*

— Para que el Espíritu Santo, que recibimos en la confirmación, permanezca con nosotros y nos haga profetas de Cristo con la palabra y el testimonio de vida. Roguemos al Señor. **R.**

— Por las familias de los enfermos, los profesionales, los voluntarios, y todos aquellos que les atienden y cuidan, para que reciban la fuerza de María y se conviertan para nosotros en un ejemplo de acompañamiento. Roguemos al Señor. **R.**

— Por nuestra comunidad cristiana, nuestra parroquia: para que se muestre siempre cercana a las necesidades de las familias con miembros enfermos y sea un verdadero hogar de acogida, acompañamiento y servicio para ellas. Roguemos al Señor. **R.**

El guía:

Ahora, guiados por el Espíritu que habita en nosotros, oramos a nuestro Padre con la oración que el Señor Jesús nos enseñó:

Todos:

Padre nuestro...

El guía:

Recitamos todos juntos el salmo 30 que nos ayuda a acrecentar nuestra confianza en Dios en este momento que estamos viviendo:

Todos:

A ti, Señor, me acojo:

no quede yo nunca defraudado;

tú, que eres justo, ponme a salvo,

inclina tu oído hacia mí;

ven aprisa a librarme,

sé la roca de mi refugio,

un baluarte donde me salve,

tú que eres mi roca y mi baluarte;

por tu nombre dirígeme y guíame:

sácame de la red que me han tendido,

porque tú eres mi amparo.

A tus manos encomiendo mi espíritu:

tú, el Dios leal, me librarás;

tú aborreces a los que veneran ídolos inertes,

pero yo confío en el Señor;

tu misericordia sea mi gozo y mi alegría.

Te has fijado en mi aflicción,

velas por mi vida en peligro;

no me has entregado en manos del enemigo,

has puesto mis pies en un camino ancho.

Piedad, Señor, que estoy en peligro;
se consumen de dolor mis ojos,
mi garganta y mis entrañas.
Mi vida se gasta en el dolor,
mis años en los gemidos;
mi vigor decae con las penas,
mis huesos se consumen.

Soy la burla de todos mis enemigos,
la irrisión de mis vecinos,
el espanto de mis conocidos:
me ven por la calle y escapan de mí.

Me han olvidado como a un muerto,
me han desechado como a un cacharro inútil.
Oigo el cuchicheo de la gente,
y todo me da miedo;
se conjuran contra mí
y traman quitarme la vida.

Pero yo confío en ti, Señor;
te digo: «Tú eres mi Dios».
En tus manos están mis azares:
líbrame de mis enemigos que me persiguen;
haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
sálvame por tu misericordia.
Señor, no quede yo defraudado
tras haber acudido a ti;
queden defraudados los malvados,
y bajen llorando al abismo,

enmudezcan los labios mentirosos,
que profieren insolencias contra el justo,
con soberbia y con desprecio.

Qué bondad tan grande, Señor,
reservas para los que te temen,
y concedes a los que a ti se acogen
a la vista de todos.

En el asilo de tu presencia los escondes
de las conjuras humanas;
los ocultas en tu tabernáculo,
frente a las lenguas pendencieras.

Bendito sea el Señor, que ha hecho por mí
prodigios de misericordia
en la ciudad amurallada.
Yo decía en mi ansiedad:
«Me has arrojado de tu vista»;
pero tú escuchaste mi voz suplicante
cuando yo te gritaba.

Amad al Señor, fieles suyos;
el Señor guarda a sus leales,
y a los soberbios los paga con creces.
Sed fuertes y valientes de corazón
los que esperáis en el Señor.

El guía:

Para terminar, aclamamos a Cristo, que no nos deja huérfanos:

Tú padeciste haciendo el bien.

Todos:

Te damos gracias, Señor.

El guía:

Tú has muerto por los pecados para llevarnos a Dios.

Todos:

Te damos gracias, Señor.

El guía:

Tú has vuelto a la vida por el Espíritu.

Todos:

Te damos gracias, Señor.

El guía:

Concluimos nuestra oración recitando esta oración en tiempo de pandemia:

Todos:

Señor, tú estás siempre con nosotros
y no nos abandonas,
permítenos no abandonarte a ti
en el momento del sufrimiento,
y más bien, saber entenderte
y sentirte como aquel que murió por nosotros
para que resucitemos a una vida nueva.

Te pido perdón de mis pecados
y confío plenamente en ti,
yo sé que tú me salvas en esta situación
porque me conviertes en un ser amoroso
como tú lo eres.

Por eso, Padre santo, acompaña junto a mí,
a todos los que están sufriendo,
especialmente a las familias pobres,
y acompaña, sobre todo,
a las personas
que están sufriendo el coronavirus,
para que, si es posible, puedan salvarse,
y si no se salvan de esta vida,
por medio de la muerte,
participen plenamente del amor glorioso
de tu resurrección
y nos reencontremos
cuando tú nos levantes a todos de la muerte.

Bendícenos, Señor, y acompaña a todos,
especialmente a los enfermos,
para que se sientan y reconozcan,
perdonados y amados.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos.
Amén.

O bien:

El guía:

Concluimos nuestra celebración, en este mes de mayo, mes de María, orando juntos:

✠. Reina del cielo, alégrate.

℟. Aleluya.

✠. Porque el Señor, a quien has merecido llevar.

℟. Aleluya.

✠. Ha resucitado según su Palabra.

℟. Aleluya.

✠. Ruega al Señor por nosotros.

℟. Aleluya.

ORACIÓN

El guía:

Oh, Dios, que, por la resurrección de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, has llenado el mundo de alegría, concédenos, por intercesión de su Madre, la Virgen María, llegar a los gozos eternos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española